

cuidaba de la lumbre dejola extinguirse. Imaginaos que vinieran á despertaros en callada noche diciéndoos cómo se había extinguido el sol. Pues igual sacudimiento que sentiríais creyéndoos privados del calor, á quien debemos la universal animación, sintió el corazón de Vesta viéndose privado de aquella sacra luz, cuya eternidad importaba tanto como la existencia del pueblo mismo. La diosa debió agraviarse, porque inmortal por naturaleza, no podía consentir en cosas suyas nada que oliese á la muerte, y para conjurar el agravio, pedía el ritual hierático una pena irremisible á la culpada de indiferencia y desatención. Viniera de un fenómeno corriente y natural aquella extinción y el monasterio no tratara de investigar su origen, resignado y conforme con disposiciones celestiales contra las que no puede haber apelación alguna ni recurso. Pero un descuido de las vestales mismas, dotadas con tantos privilegios en el ministerio de su culto y en el ejercicio y cumplimiento de sus deberes, no merecía perdón. El único medio de calmar á la divinidad irradísima y ocurrir á contingencias futuras era el implacable rigor. Lo tuvieron. La juventud, la hermosura, la delicadeza del reo no desarmaron á la fría razón que regulaba los negocios religiosos y políticos en la Roma patriarcal. El derecho escrito y el derecho consuetudinario

se juntaban para infligirle bien crueles penas, y había que cumplir como pudiera cumplirse cualquier ley mecánica en el universo. Desnudaron, pues, á la vestal, é hicieronla descender á un sitio húmedo, frío y oscuro, que sólo con triste sepultura podía compararse. Allí el pontífice azotó sus carnes hasta que la sangre culpada salpicó su frente, y ¡cuánto no sufriría una muchacha de complexión delicadísima, de piel sedosa, toda nervios, al sentir un duro azote sobre sus carnes, acostumbradas á todos los adobes y perfumes romanos! Bárbara desproporción entre la pena y el castigo mirados al centelleo de nuestras ideas; pero si consideramos toda la importancia reconocida por el mundo antiguo á estas instituciones, sobre las cuales el poder se fundamentaba y de las cuales fluía la vida, no deben extrañarnos estos rigores congruentes con todo lo esencial que allá en sus adentros pensaban y sentían. Tras esta pena sobrevino una purificación del templo, necesaria en las tradiciones de aquella liturgia. Dionisio Halicarnaso, en el libro II, capítulo LXVIII de sus historias, cuenta hechos análogos, que nos dicen toda la importancia por los romanos dada en sus ritos tradicionales á la conservación del fuego sacro. Hallábase confiado éste á la vestal Emilia, quien, por descuido é indolencia, lo confió á joven inexperta novicia. Durmió-



se, poco penetrada de su responsabilidad, la guardadora, y el fuego se apagó. Terrible sacudimiento recorrió los nervios de las gentes romanas, como si un rayo enorme hubiera caído sobre todas ellas. A este sacudimiento siguió una inmensa perturbación. Clamores de angustia llenaban los aires, cual en las calamidades mayores de peste ó terremoto. Cada ciudadano preguntaba por su diosa, cual puede preguntar un huérfano perdido y errante por su hogar y por su madre. Aquella religión era doméstica y nacional á un mismo tiempo.

Así, no obstante lo positivo del genio romano, circundaba la diosa y su culto de litúrgicas leyendas. Emilia, la infiel guardadora del fuego sagrado en las circunstancias referidas por Dionisio de Halicarnaso, temió la imputación del descuido á faltas suyas, á la más punible de todas, á falta de castidad, y conjuró á la diosa, rogándole, por medio de vivas instancias, que la socorriera en aquel contra-tiempo y patentizara toda su pureza. Mirábanla con ojos atónitos los circunstantes, pero sin atreverse, á pesar de la modestia que se descubría en su actitud y de la ingenuidad que revelaban sus palabras, á oirla y juzgarla, según sus manifestaciones y protestas. Pero ella, segura por su fe antigua en la diosa de que no podía por medio alguno abandonarla y consentir suplicio tan terrible como el en-

tierro en vida, se abrazó á su ara y le pidió un milagro. Apenas lo había pedido, penetró en su corazón el sentimiento profundísimo de haberlo por gracia la diosa otorgado, y se levantó radiante, transfigurada, regocijadísima, despidiendo de su mirar efluvios, á cuya irradiación caían sobre todos á una dulces y consoladoras esperanzas. La virgen cogió su estola de mangas perdidas, de amplia rozaga, y arrancando un trozo del transparente lino, lo arrojó á las frías cenizas, cierta de que llevaban dentro de sí una centella vivificadora y capaz de reanimar el fuego sacro y poner en toda su verdad la inocencia de quien fiaba con todo empeño á este aguardado milagro la demostración de su virtud. En efecto, las llamas ardieron de nuevo, y la inocencia quedó patentizada entre los loores de los asistentes, quienes aclamaban y decían á Vesta protectora llena de misericordia. Valerio Máximo en sus Historias, Propercio en sus Cánticos, Plinio en sus Cartas, refieren otro milagro parecido y hecho por la diosa en pro de la sacerdotisa Tuzia, demostrando que no había manchado su lecho virginal ni desobedecido á las leyes canónicas de su religión y de su culto, para lo cual sugirióla el subir en cribas agua del Tíber y llevarla sin que se derramase por los agujeros hasta el ara de la diosa. Todas estas tradiciones, más ó menos litúrgicas,

cópiosa invención de aquel antiguo genio romano, muestran la verdad evidentísima de que á las virtudes vestales y á la conservación del fuego sacro fiaban los dueños del mundo antiguo joya tan preciada como la salud y la buenaventura de su Roma.

Así no es mucho que vieran con horror cualquier tropiezo de las sacerdotisas, generador de cualquiera perturbación en el culto y en su liturgia. Por eso hay que leer á todos los escritores antiguos, desde los más veraces hasta los más fantaseadores y poetas para estimar el precio dado en aquellos tiempos á la castidad y pureza de tan sacras vírgenes. En Roma corría con más ó menos crédito, pero muy vulgarizada, la especie de cuán imposible, ó por lo menos cuán difícil, era que faltase una vestal y no se conociese por todos su falta. Así las jóvenes huían á dignidad tan gravosa y presentaban toda clase de ofrendas y exvotos á sus genios tutelares en demanda y súplica de que las eximiesen ó exentasen de tan terrible suerte. Pero los nombres de todas las doncellas patricias, desde que cumplían los seis años, estaban en el saco fatal, y como sorteadas á cada vacante que hacían la muerte ó los años en aquel colegio sacratísimo, no tenían otro remedio sino conformarse con los caprichos del sorteo. La historia de Minucia, que corre por todos

los clásicos y que ha presentado en su libro de *Roma*, durante el siglo de Augusto, un tan experto erudito como el francés Dezobry, demuestra el rigor penal ejercido en aquellas mujeres por el derecho consuetudinario. Minucia iba llegando á los once años, y no podía sospechar que le tocase la suerte de vestal, realmente reservada por antiguas costumbres á niñas de menor edad que la suya. Por esta convicción comenzó á oír los requerimientos y reclamos de amor que le dirigiera un joven patricio, en quien á porfía se juntaban las prendas del cuerpo con las prendas del alma, y el temperamento enérgico y varonil con robusta pero graciosa belleza. Dados estaban uno y otro amante á sus esperanzas; convenidos en el día y hora de reclamar á sus padres las debidas licencias; en fin, prometidos, ó novios, ó desposados eran; y ya creían tocar la común ventura, cuando el pontífice máximo envía por la joven, anunciándole cómo estaba en el caso de renunciar por treinta y más años á todo amor, elegida y designada para sacerdotisa de Vesta. ¡Pobre niña! Los ensueños que doraban su juventud, las dulces emociones sentidas al despojarse de su infancia, las esperanzas risueñas á cuyo calor la sangre le ardía en todo el cuerpo, aquellos sus amores beatos que completaban el sér y que prometían la ventura con la honra, desvanecíanse para siem-

pre bajo funestísimo número sacado á capricho por un pontífice implacable, quien inmolaba cruelísimos corazones jóvenes en el albor de su dicha y en la florescencia de sus esperanzas. Cuando se ha llevado á orden rigurosa, una tierna niña, incapaz de sentir por su edad pasión alguna, puede acomodársela fácilmente con empeño y tiempo á los rigores de una disciplina demasiado severa; mas imposible amoldar con facilidades iguales á un rito contradictorio con el sér propio aquella virgen que ha columbrado mas espaciosos horizontes y que ha entrevisto en sus ilusiones y en sus esperanzas la felicidad suprema del amor.

No debe, pues, maravillarnos que ave tan hermosa como el alma de Minucia, desacostumbrada de jaula tan estrecha como la orden romana, quisiese volar por otros espacios más amplios y por otros cielos más espléndidos, en busca del amor, á cuyo imperio entregara y rindiera su albedrío. El exceso de cuidado en sus vestiduras; el suspiro puesto, á hurtadillas, lejos, muy lejos del aire impregnado por la mirra y el incienso de Vesta; las palabras escapadas en el curso de sus conversaciones más íntimas; los ensueños mismos traslucidos en frases incoherentes, demostraban que mientras el cuerpo de Minucia se rendía por obediencia y acatamiento al imperio de las leyes religiosas, vo-

laba el alma estática por profanos recuerdos propios tan sólo de antiguo é invencible amor. Lo cierto es que signos celestes de cólera divina comenzaron á dibujarse con aspecto siniestro por los cielos airados y que plagas innumerables cayeron sobre la Ciudad Eterna, culpada indudablemente de algún tremendo crimen. Reunidos los augures y consultados los augurios, no quedó ni asomo de duda respecto al motivo y causa del desorden. Vesta debió ser desacatada por alguna sacerdotisa ligera y de sus votos olvidada, pues todos los signos subsiguientes á casos de tal índole centelleaban por las alturas y despedían relampagueos bien siniestros. Entonces un esclavo del templo, verdadero esbirro, muy complacido en tomar este desquite de su infame humillación de casta, delató sin piedad la pobre Minucia, imputándole crimen de suyo tan vergonzoso y horrible como el haberse acercado impura, sin inocencia en el alma y sin virginidad en el cuerpo, á los altares de Vesta, irritadísima por semejante desacato. ¿Cómo no creerlo? Había ido allí nubil y hermosa tras unos amores próximos á inmediato matrimonio, encendidos los ojos á las caldeadas lágrimas, roto el pecho á los amargos suspiros, plañéndose con lamentos parecidos á los del avecilla en celo que pierde sus amores ó su prole, resistiéndose á las tijeras sacras que le corta-

ran el cabello, como hubiera podido resistirse á la cuchilla que le segaba la garganta, y mostrando sus preferencias á un hogar bien diverso del amplísimo que presidía y habitaba Vesta. El forcejeo continuo de la joven sacerdotisa bajo su abrumadora cadena, la triste añoranza de otros lugares y otros tiempos, la repulsión á sus nuevos oficios, delatáronla más todavía que la delación horrible del esclavo.

Inmediatamente los jueces litúrgicos, designados por la tradición y por las leyes para el conocimiento y juicio de casos tales, congréganse reunidos por el público clamor, que pide una satisfacción inmediata, bastante á desfruncir el encolerizado entrecejo de la diosa implacable. Antes de reunirse los jueces ya el pontífice prohíbe á la triste acusada todo contacto con los objetos litúrgicos y toda proximidad al sitio profanado. El aula regia, ó sea el monasterio contiguo al templo, se llena de los magistrados y ministros necesarios para un juicio tan grave. Por fin la vestal acusada se presenta en el sitio terrible donde los jueces han de pregonar su veredicto tras las necesarias ceremonias litúrgicas. Ninguna turbación, ninguna, en su aspecto; ningún descuido, ninguno, en su actitud. Conteni- da, reservada, modesta, conforme con la triste suerte que le deparaba el destino, incapaz de acusarse á sí misma con excesos violentos en la propia

defensa, parecía ignorar hasta de lo que trataban, y ni presentir ni presagiar su triste desventura. El refinamiento de su traje había servido como de indicio para los cargos y las acusaciones. Pues lo presentó en el tribunal con mayor esmero. Olía su cuerpo á profanas esencias, brillaban sus ojos con los centelleos del amor humano, el blanco lino de su estola presentaba nitidez y plegado extraordinario, lucían en sus manos ramilletes de gayas flores y en su cabeza refulgentes lazos de oro, cual si quisiese agradar á un mortal apasionado y sensible antes que á una divinidad rígida y austera. Habíase quitado el velo multicolor que las vestales agarran con brillantísimo corchete á su cuello, y ora lo dejan flotar sobre sus espaldas, ora lo ponen sobre su cabeza, con ánimo de que nube ninguna ocultase todas aquellas sus armoniosas líneas y todas sus espléndidas gracias. Veinte años tenía, y nueve llevaba ya de religión. La rigidez terrible de aquellas leyes monásticas, la imposición de aquellos hábitos religiosos, la vida mesurada por una especie de matemática celeste, los oficios prestados y prestables al templo de su orden y al numen de su diosa, no lograron acabar en ella con el temperamento civil y profano adquirido en una juventud á la cual diera todos sus goces más puros y todas sus esperanzas más risueñas el humano amor. Arran-

cada por el destino implacable de la casa paterna; dividida sin piedad ni misericordia del esposo á quien enajenara su albedrío entero antes aún de contraer las legítimas nupcias; acostumbrada de antiguo á las profanas conversaciones usuales en la juventud de uno y otro sexo; más propia para oír la sonora cítara y para danzar el baile voluptuoso que para servir á las ofrendas piadosísimas de un templo y á las sacras prácticas de una religión; los pontífices airados é implacables, con esa crueldad natural de todas las magistraturas hieráticas, muy dadas á identificarse con la grandeza de su Dios, castigaban, ciegos, en aquella mujer, el crimen por ellos perpetrado, la sobreposición de complexiones artificiosas contra las cuales todo el sér se revela y subleva sin remedio y sin recurso, á la complexión que pone la sabia naturaleza en cada cual, y que, sustancia y esencia recóndita de nuestra entidad, salta por todas partes en una rebeldía indeliberada é inconsciente, y obedece y se rinde tan sólo á sus propias leyes, mucho más frecuentes que todas las arbitrarias convenciones, siquier se cohonesten con los mandatos de una revelación engañosa.

Cuando uno lee los historiadores antiguos observa la importancia inmensa que daban á la castidad de sus vestales. En el octavo libro, párrafo undécimo de su historia romana refiere Tito Livio

todos los prodigios acaecidos por tropiezos de las vestales. Los templos de Terracina, heridos por el rayo; los altares de Satrico profanados por las serpientes; los segadores de Aurio sorprendidos á la extrañeza de que sus hoces destilaran sangre; la presencia de dos soles en Alba; el súbito relampagueo de luz siniestra y fugaz en Fregela; el articulación de algunas palabras oídas en el mugir de los bueyes romanos; las piedras del templo de Neptuno sudorosas, y Ceres y Quirino agitados á una sobre sus aras, enseñan bien claramente hasta cuáles extremos llevaba el convencimiento de que la castidad vestal se unía en estrecho consorcio con la suerte y el destino de Roma. Así es que, juzgadas las vestales por un derecho puramente consuetudinario, no se contentaban los romanos con su propia tradición y costumbre, acudían á Grecia también y diputaban embajadores al templo de Delfos para que les dijieran los oráculos, en su lenguaje misteriosísimo, si debían ó no gravar con crueldades mayores la pena y el castigo tradicional. Muy prolijos resultaríamos en este bosquejo de Vesta y las vestales, buscando todo lo referente á sus culpas y á sus penas contenido en las viejas historias. Tito Livio nos cuenta en el libro XXII de su inmortal historia las turbaciones de los ánimos á consecuencia de una infidelidad vestal.

Oppimia y Flornia, vestales ambas, adulteraron con Cantilio, escriba del pontífice; y la pobre Oppimia se vió enterrada viva y Flornia se suicidó implacablemente, mientras el adúltero Cantilio, puesto desnudo á la vergüenza pública, pereció bajo el golpe de innumerables azotes; por todo lo cual tuvo que ir á Delfos Fabio Pictor en demanda y requerimiento de los sacrificios que debían ofrecerse para serenar á los dioses, quienes le dijeron debía soterrar un galo y una gala, un griego y una griega, en la feria de bueyes, y dentro de sitios cerrados por enormes y ciclópeas piedras. Todo esto demuestra con demostración patentísima cómo daba extraordinaria importancia Roma en sus anales á la pureza del rito que tenía por objeto mantener el fuego sacro en las aras y pura é incólume la castidad en las vírgenes, á fin de que los dioses les fuesen propicios y la vida romana durase cual dura la misma lumbre del sol en las sublimes y altísimas esferas.

Mezclóse á todo esto la poesía. Y entre los poetas, Propercio dedicó una elegía incomparable á la infidelidad de las vestales, contando la causa de que dieran su nombre siniestro á la Roca Tarpeya y la dedicaran á los últimos suplicios. Oídlo. Riente bosque, tapizado todo él de hiedra, cubría la modesta colina, de cuya base iba fluyendo cristali-

no arroyo, junto al cual sesteaban las ovejas, después de haberse abrevado fieles y obedientes al són dulce de melodiosos caramillos. Haces de trigo coronaban su cima, formando empalizadas de primitiva defensa. Nada Roma entonces, pues los sonidos de las trompetas vecinas resonaban en la roca de Júpiter; y el sabino esgrimía sus lanzas en el Foro; y las aguas del Tíber abrevaban los caballos de los contrarios; y por todas partes algún enemigo circuía con sus odios el templo que daba leyes á la tierra. Entre las hijas de Roma estaba Tarpeya, inserita ya en el colegio de las vestales y consagrada, por ende, á conservar el fuego eterno. Habíala enviado la orden á recoger agua para el servicio de la diosa, y llevaba como una diadema su ánfora sobre la frente. Dado el número de implacables contrarios en aquellos alrededores reunidos, acechando á Roma naciente, cosa fácil encontrar un soldado en armas y al asedio continuo apercebido. Tarpeya vió á Tacio, que, sobre su corcel de combate, caracoleaba orgulloso, inquiriendo el sitio por donde podría más fácilmente penetrar su lanza en el pecho de Roma. Viéndole tan varonilmente perfecto y acabado, caballero en montura semejante, por su rapidez y por su majestad, al águila de Júpiter, relumbrando todas las armas de aquel tiempo en su cuerpo y de sus